



El movimiento estudiantil de 1968, modernidad y democratización

Por América Luna Martínez

El movimiento estudiantil efectuado durante julio, agosto, septiembre y octubre de 1968 ha sido una de las expresiones políticas más importantes en nuestro país. Las manifestaciones se dieron en un contexto de agitación juvenil de carácter planetario, baste recordar también los sacudimientos político-sociales experimentados en el Mayo francés y en países como España e Italia, sin dejar de mencionar las relevantes manifestaciones contra la burocracia que gobernaba la entonces República de Checoslovaquia, que se conocieron como la Primavera de Praga.

El continente americano también fue escenario de la rebelión estudiantil, tal como ocurrió en universidades estadounidenses, como Berkeley y Columbia, y desde luego en México.

Esta insurrección fue motivo de reflexión de notables pensadores como Herbert Marcuse, André Gorz, Ernest Mandel, entre otros, y de la activa participación de filósofos como Gilles Deleuze y Felix Guattari. La sugerente explicación de Mandel, economista y sociólogo belga, en torno a este fenómeno, planteaba que, a raíz de la reconversión industrial por la incesante innovación tecnológica, los procesos

productivos requerían una mano de obra altamente calificada, preparada o capacitada en las universidades o centros de educación superior. Esto ocasionó la proletarianización del trabajo intelectual, que modificó tanto los esquemas de empleo como las aspiraciones sociales de una clase media con estudios universitarios. Una vez concluida su formación académica, algunos jóvenes pensaban dedicarse al ejercicio liberal de su profesión, pero en realidad se convertirían en asalariados.

Desde un punto de vista histórico-político, la década de los sesenta fue el escenario de conflictos como la Guerra de Vietnam, cuestionada por cientos de jóvenes que denunciaron el carácter intervencionista de EUA en ese país y se negaron a participar en la contienda bélica. En el mismo periodo, la Unión Americana fue sacudida por los movimientos contra el racismo, práctica discriminatoria que había cobrado, entre muchas otras, la vida del activista por los derechos de las personas de color Martin Luther King, precisamente en 1968.

Un año antes, el 7 de octubre, en las montañas de Bolivia fue asesinado Ernesto “Che” Guevara, uno de los di-

rigentes más reconocidos de la entonces joven Revolución cubana. El Che ha sido, desde el primero de enero de 1959 y hasta ahora, un símbolo de la lucha por la liberación de América Latina e inspiración de la juventud en el mundo.

En lo que se refiere a la cultura, la importancia demográfica y económica de ese sector de la población transformó su papel en la sociedad, ya que, a través de expresiones musicales como el rock, se daba cuenta de las experiencias y deseos de miles de jóvenes que cuestionaban las relaciones familiares y de pareja tradicional, coreando, como invitaban los Beatles, que el dinero no puede comprar el amor.

México experimentaba una paradójica modernidad, pues mientras el crecimiento económico anual alcanzaba niveles entre 6 y 7%, que produjeron la emergencia de una clase media urbana, el Estado mantenía un control férreo hacia expresiones de disidencia y cuestionamiento político, como el movimiento médico de 1966, en el que los profesionales de la salud demandaban mejores condiciones laborales. Reprimido este, varios de sus dirigentes fueron encarcelados y retiradas sus licencias para ejercer.



La obtención de la sede para los xix Juegos Olímpicos fue, como sugiere Elena Poniatowska (1999), la culminación del “Milagro mexicano”, es decir, la presentación del país en su “mayoría de edad” ante el conglomerado internacional. Sin embargo, al inicio de 1968, nadie imaginó que la movilización estudiantil en aquel verano iba a abrir las posibilidades de transformación democrática y de participación ciudadana.

No voy a entrar en la detallada cronología; en la actualidad hay numerosos estudios e investigaciones que abordan el tema, entre los que destaca el trabajo de Ilán Semo: “El ocaso de los mitos 1958-1968”. Es mi interés detenerme en algunas expresiones que se forjaron en el imaginario colectivo sobre que era posible y necesaria otra relación de la ciudadanía con sus gobernantes.

Aunque el movimiento estuvo conformado sustancialmente por los alumnos de las escuelas de enseñanza media y superior, matriculados en la UNAM o el IPN e incluso en universidades privadas, sus reclamos políticos no tuvieron un contenido académico en el estricto sentido, sino que implicaron un cuestionamiento a la dominación autoritaria del partido en el poder. Así lo demuestra el pliego petitorio que redactaron los estudiantes desde los primeros días:

1. Libertad a los presos políticos, 2. Derogación de los artículos 145 y 145 bis del Código Penal Federal (tales artículos instituían el delito de disolución social y sirvieron de instrumento jurídico para la agresión sufrida por los estudiantes), 3. Desaparición del Cuerpo de Granaderos, 4. Destitución de los jefes policíacos, 5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto, y 6. Deslindamiento de responsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos.

Un momento clave en la ampliación de las demandas democráticas lo constituyó el reclamo del Consejo Nacional de Huelga de no moverse del Zócalo de la ciudad de México hasta que las autoridades entablaran con ellos un diálogo público para resolver el conflicto. La solicitud e insistencia de los estudiantes para negociar en presencia de todo aquel que le interesara asistir era para eliminar las prácticas fundacionales de corrupción, que en la época del callismo proclamaban: “nadie resiste un cañonazo de cincuenta mil pesos”.



Humanidades

Como sabemos, el gobierno del entonces presidente de la república, Gustavo Díaz Ordaz, no accedió a una solución pacífica; usó la fuerza del Estado para aplastar al movimiento en sus diferentes fases, hasta la trágica tarde del 2 de octubre.

El resultado inmediato, además de los muertos y desaparecidos, fue un aumento en los presos políticos; lamentablemente, después de 50 años no se ha castigado a los responsables de la represión. A más largo plazo, el movimiento estudiantil sentó las bases para una importante transformación política, social y cultural del país.

En efecto, la siguiente década vio la emergencia de importantes cambios educativos a través de novedosos programas de bachillerato, como el propuesto por Pablo González Casanova y cristalizado en el Colegio de Ciencias y Humanidades de la UNAM, las experiencias del autogobierno de la Facultad de Arquitectura, así como los programas de medicina comunitaria en la Facultad de Medicina, que ilustran tales tentativas de transformación académica.

La desesperación y frustración de varios actores políticos dio como resultado la aparición de grupos guerrilleros en búsqueda de justicia social. La respuesta gubernamental fue implacable, y de su estrategia contrarrevolucionaria, conocida como *guerra sucia*, el saldo de muertos y desaparecidos inauguró inéditas formas de lucha donde las madres de los asesinados, presos y desaparecidos políticos tuvieron un rol protagónico, que dio origen a importan-



Imágenes: wikipedia.org

tes demandas por los derechos humanos, una de cuyas representantes emblemáticas es doña Rosario Ibarra de Piedra.

Otras y otros ciudadanos optaron por la formación de nuevos grupos y partidos políticos. Así surgieron el Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT) y el Revolucionario de los Trabajadores (PRT). En 1976, el antiguo Partido Comunista Mexicano, en alianza con otras agrupaciones, postuló como candidato a la presidencia de la república sin registro a Valentín Campa, legendario líder ferrocarrilero y por muchos años preso político, quien obtuvo un millón de votos. Esta hazaña democrática del país dio la pauta para que un político avezado como Jesús Reyes Heróles, entonces secretario de Gobernación, formulara una reforma para legalizar la participación política de los nuevos partidos.

Las elecciones presidenciales de 1988 representaron el momento culminante de este proceso; la ciudadanía expresó un gran apoyo al candidato de oposición: Cuauhtémoc Cárdenas. Sin embargo, una supuesta caída del sistema de procesamiento de los resultados electorales impidió el reconocimiento de su triunfo.

En este ambiente de efervescencia política resurgieron sindicatos que actualizaron sus demandas de democracia sindical, como la llamada Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), el de Telefonistas, de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, entre otros. También se

**GUSTAVO DÍAZ ORDAZ
NO ACCEDIÓ A UNA
SOLUCIÓN PACÍFICA;
USÓ LA FUERZA DEL
ESTADO PARA APLASTAR
AL MOVIMIENTO EN SUS
DIFERENTES FASES**

creó el Sindicato de Actores Independientes (SAI), donde entonces jóvenes actores, como Héctor Bonilla, Ofelia Medina o María Rojo, cuestionaron el carácter corporativo de la Asociación Nacional de Actores. También hicieron su aparición los sindicatos universitarios a lo largo y ancho de la República Mexicana.

El papel de la prensa es indispensable en la construcción de una ciudadanía informada, de ahí que entre 1968 y 1976 periódicos como el *Excélsior* fueron fundamentales para dar espacio a voces inteligentes y críticas, como Carlos Monsiváis, Jorge Ibargüengoitia y Rosario Castellanos. Debido a situaciones de censura, Julio Scherer salió del diario para fundar, meses después, la revista *Proceso*.

De igual manera, estos cambios están relacionados con la emergencia de los movimientos feministas y de diversidad sexual, que han dado otro rostro a la sociedad mexicana del nuevo siglo.

El rápido recuento aquí emprendido ha tenido la intención de ponderar las enormes transformaciones que ha registrado nuestro país en los últimos cincuenta años. Voluntad de cambio detonada por aquellos jóvenes, estudiantes que anhelaban gobiernos menos autoritarios y represivos. Prescindir de la anécdota y del martirologio es precisamente un posicionamiento que nos impele a ser propositivos y comprometernos con las tareas de democratización y cambio tan necesarias, tanto hoy como entonces. 



Referencias

- Mandel, Ernest (1980). "La proletarianización del trabajo intelectual y la crisis de la producción capitalista", en Víctor Flores Olea et al., *La rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea*. México: UNAM.
- Marcuse, Herbert (1974). *Contrarrevolución y revuelta*. México: Joaquín Mortiz.
- Poniatowska, Elena (1999). "El movimiento estudiantil de 68", en *Fuerte es el silencio*. México: ERA.
- Semo, Enrique e Ilán Semo (coords.) (1989). "El ocaso de los mitos 1958-1968", en *México, un pueblo en la historia*, volumen 6. México: Alianza Editorial Mexicana.



América Luna Martínez es doctora en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana, maestra en Estudios Latinoamericanos por la UAEM y socióloga por la UNAM. Es investigadora y profesora de tiempo completo en la Facultad de Humanidades de la UAEM. Publica e imparte conferencias y talleres sobre género, cultura, cine y literatura.

